A TRAVES DE LA POLEMICA Y LA OPINION ANARQUISTAS

Pero Hay Aquí Algo más Grande que el Templo

A A. De Santillán.

Tensión, angustia, inquietud e incertidumbre en aquel tiempo en Italia. Qué ocurría? A dónde se iba? Con el abandono de las fábricas el desfile de la parábola había comenzado a producirse con velocidad progresiva.

Era un momento de tregua para recobrar el aliento y reconquistar las fuerzas, o era el principio de una tremenda derrota? Era la ráfaga de una tempestad, o la tempestad que se encarnizaba rabiosamente contra la nave poderosa, y la sacude, la agita, la hiende y la abisma en sus vórtices sin fondo?

Nos habríamos detenido en el desfiladero para reconquistar las cimas? Habríamos podido, aunque fuera fatigosamente, volver a subir sobre el camino sangriento?

Yo ciertamente debo haber intuído el trágico porvenir nuestro, ya que en aquella ocasión me ocurrió gritar a todos los nuestros la terrible realidad de que se había caído. Y en verdad me la grité, para que la comprensión exacta de aquella hora irregular nos ayudara a poderla afrontar, a poderla superar, puesto que de otro modo, abandonando nuestro espíritu a dañosas y quiméricas ilusiones, no hubiéramos hecho más que precipitar el desbarajuste irreparable.

Oh! en aquel tiempo la angustia de nuestros jóvenes! Sus ardores, sus anhelos, su voluntad de hacer algo, de hacer sentir nuestra fuerza, nuestra vida, nuestra respuesta a los golpes ciegos, nocturnos y viles que venían de parte de un enemigo aguerrido, armado y protegido por todas las leyes, seguro de toda impunidad. Oh! sus miradas ardientes y llenos de lágrimas! Su silencio desdeñoso, más elocuente que todos los discursos! El temblor de sus labios que no tenían reposo! Flotaba en el aire electricidad disgregada.

Vagaba inalcanzable la sombra de la muerte.—

Algo amenazaba precipitarse, como advertencia y salvación a la vez.

Las noticias procedentes de San Vittore, la vieja cárcel de Milán, eran graves. Malatesta, Borghi y Quagliano se negaban a comer desde hacía una semana. Estaban agotados y enfermos: sus corazones hubieran podido despedazarse de un momento a otro.

Nuestras reuniones habían sido tempestuosas aquella noche.

Ribesa, primaveral por las calles de Milán; frescas violetas de Mayo en todas las esquinas; estrellas de oro en el cielo, y una red de luces resplandecientes sobre la palpitante ciudad de la industria y del trabajo.

Amargura y veneno en nuestros corazones; lágrimas y dolor en nuestras gargantas y el *arrivederci a domani* fué aquel día como un suspiro, como un sofocado sollozo, como un nudo de emoción que se deshace y se arroja con pena y con fatiga.

—

Un estallido formidable; un estrépito espantoso: muertos y heridos en la sala. La voz de la dinamita había sido poderosa: el aristocrático y rico teatro Diana había quedado consternado.

Hora triste y dolorosa para nosotros: hora de angustia infinita que sin embargo no nos habló a todos con acordes en la valoración del trágico episodio.

Pero sea en los primeros momentos, cuando la jauría reaccionaria se lanzó sobre nosotros e hizo escarnio y suplicio de nuestras ideas; sea más tarde, cuando alguien me escribió en nombre de su joven esposa víctima de la explosión, yo, que todavía siento, — y cuán profundamente —, la desolación que sigue a estos gestos extremos, gestos que son inevitables por ser consecuencia lógica de causas provocadoras, escribí repetidas veces: "Los dinamiteros han sido proyectiles cargados por la injusticia de la sociedad y el cinismo y la cobardía de la reacción. Cuando la tempestad amenaza y el cielo está densamente ennegrecido, y los relámpagos enrojecen el horizonte, y el árbol majestuoso cae derribado de un solo golpe, decidme, podremos nosotros hacer un proceso al rayo? Buscad en otra parte, buscad entre vosotros los verdaderos responsables. Y póngase crespones la sociedad, y pida perdón a esos muertos, y pida perdón a esos sepultados vivos!"

—

Desde entonces han pasado algunos años y nuestros ojos han visto cosas nunditas. Han presenciado el crecimiento del fascismo acompañado de todo lo más abyecto, lo más salvaje, lo más bárbaro y más cruel que una reacción puede tener. No es leyenda esto: es dura realidad. Y todo el mundo está lleno de los mutilados, de estrangulados y martirizados. Todo el mundo sabe que Italia es una inmensa prisión: una de aquellas infames galeras romanas en cuyas bodegas los esclavos empuñaban los remos encadenados sobre sus puestos de martirio y de muerte.

Y pensaba que al menos hoy — al menos hoy — después de tanta amarga experiencia, después del espectáculo de tanta indigna violencia enemiga, los anarquistas nos habríamos al menos hallado de acuerdo sobre la valoración de los gestos de revuelta que brillan de trecho en trecho entre nuestras filas. Pensaba que el argumento habría sido superado para siempre y que ninguno de nosotros hubiera titubeado ante el *vim vi repellere*, — oponer la violencia a la violencia.

Pero vuestro artículo, compañero De Santillán, me ha hecho reflexionar hondamente, me ha hecho notar dolorosamente qué lejos estamos de una mentalidad adecuada a las exigencias siempre más crecientes de "guerra social" en la lucha contra el enemigo.

Ah! entonces vosotros ponéis en el mismo plano la violencia anárquica y la violencia fascista?

Pero los fascistas pegan para amordazar, para dominar, para subyugar, para encadenar todo un pueblo en una tumba de silencio y de oscuridad. Los anarquistas pegan para encender una luz en esta noche profunda, para arrancar las horribles cadenas que nos oprimen, para decir al pueblo: "levántate y anda". Unos son la mano negra de la reacción, los otros el ala blanca y pulsante de la libertad; unos son los sucios sicarios pagados a un tanto por cabeza que cae, los otros dejan la cabeza en los patíbulos o la vida en las ergástulas.

Nosotros auspiciamos una sociedad basada en el acuerdo mutuo, en el amor y en la justicia? Exactísimo.

Pero si compañeros, si amigos nuestros, con el corazón destrozado de tanto dolor y el alma ahita de hiel ante tanta injusticia sufrida, expropian a los capitalistas y a los banqueros, a estos corrompidísimos ladrones legales, oh! no temáis, un poco sólo un poco de las inmensas riquezas que ellos han robado a manos llenas; si compañeros y amigos nuestros, enmudecidas sus gargantas de llanto y llenas de amargura sus bocas, hacen sentir las explosiones de la dinamita, nosotros, justamente nosotros, tenemos el derecho de rechazarlos y de condenarlos en nombre de la opinión pública o en nombre de un ideal de amor y de justicia?

La opinión pública? Ella puede dividirse en dos categorías. La que nosotros no despreciamos y a la cual con preferencia dirigimos nuestra propaganda, y aquella otra que está y seguirá estando del lado de las barricadas. Y bien, mientras nosotros no debemos contribuir con nuestras excomuniones a hacer, a aquella, más temerosa y más sorda a la voz de la revuelta, debemos en cambio desinteresarnos de los dictámenes de la otra. Y qué podía en efecto interesarnos la opinión de gente con la cual hemos roto toda relación de pensamiento y de vida! Qué puede en efecto interesarnos la opinión de gente que nosotros detestamos en virtud de nuestra moral, y a la cual, antes que nada le negamos todo derecho a erigirse en juez, desde el momento que ella es la acusada y nosotros los acusadores?.

El ideal de amor y de justicia! Pero el prisionero que quiere a toda costa reconquistar su libertad e iniciar una vida de paz y de afectos, recurre necesariamente a un acto de violencia para hallar un camino libre.

El cirujano que quiere salvar al enfermo no titubea en hundir el bisturí en la sangre del paciente, no vacila en extirparle una parte del cuerpo para que el corazón y el cerebro no cesen de vivir.

Nosotros debemos iluminar las inteligencias, nosotros debemos hacer obra de persuasión y de propaganda para formar las conciencias de mañana. Esto es exacto.

Pero cuando ante tanta opresión que no da tregua ni para respirar, cuando en torno a nosotros se ha creado una noche sin término, cuando el ánimo nuestro no encuentra reposo, — tantas son las voces que suben de las tumbas no vengadas todavía — si el dolor de uno de los nuestros explota y provoca una hecatombe sangrienta, debemos sentir un grave y único deber. El de estar cerca de este joven desventurado y valeroso y tenderle nuestros brazos para que entre tantas injurias, salivazos y maldiciones halle un poco de confortación en el corazón de sus compañeros.

Y nosotros, que a menudo con la palabra y el escrito hemos denunciado la criminal injusticia que nos circunda; nosotros que muchas veces con la palabra y el escrito hemos machacado sobre la necesidad de la revuelta; nosotros, de quienes tal vez alguna frase apocalíptica se ha grabado en la mente joven que hoy ha obrado, debemos sentirnos de cierto modo responsables de su gesto: responsables moralmente, y como tales no debemos nada renegar renegando de él, el vindicador!

Entonces vosotros quisiérais solamente el estético y clásico atentado de la pureza plutarquiana! Brosci, por ejemplo, que surge, pálido e impasible frente al rey, frente al único responsable de las masacres de Lunigiana, de Sicilia y Lombardía. Y quién no querría esto? Pero los tiempos han cambiado, y los sucesos de estos últimos años nos deben hacer sentir la necesidad, la exigencia de la revuelta y de la conspiración subterránea, para rechazar un enemigo atacándolo con sus mismas armas.

Para rechazar un enemigo que es vil en el asalto; para rechazar un enemigo que aún sabiendo cuánta sangre gotea de sus manos se acoraza, se oculta y se circunda de todas las precauciones posibles para impedir así el gesto justiciero a quien quisiera atacarlo en descubierto.

Hay algo en la vida más grande que la casuítica que guarda el "Templo": el dolor y la angustia humana de que está empapada la idea.

"Una vez Jesús pasó en día sábado por los sembrados, y sus discípulos sintieron hambre y comenzaron a arrancar espigas y a comerlas". A los fariseos que los acusaron porque habían hecho lo que no era lícito hacer en día sábado, Cristo les dijo: "Ahora os digo que hay aquí algo más grande que el templo".

—

Hoy una entera nación está dominada por el puñal y el garrote. Hoy todo un país es una sola tumba. Hoy a millares y a millares son dispersados los hombres por el mundo, sin afectos, sin familia, sin recursos. Hoy cada uno de nosotros es un dolor viviente que todavía halla posibilidad de vida en la fe — única riqueza entre tantas ruinas — que cobija aún su corazón.

Hoy no hay más que cadáveres mutilados y sangrientos a nuestro alrededor: hecatombe sobre hecatombe, y vosotros podéis sutilizar, podéis todavía distinguir, podéis hacer cerebralismo, podéis conmoveros, mientras que del otro lado de la barricada, sin *que de nuestras filas haya sido enviada una caballeresca tarjeta de visita*, un reparo salta por el aire, o una infame fortaleza se sacude y se derrumba?

Es en nombre del sentimiento que vosotros habláis? Pero en las luchas sociales el sentimiento que no va estrechamente unido a la razón y a la lógica puede parangonarse a aquellas burbujas de jabón de nuestra infancia dorada y remota.

Con cuánta gracia, con cuánta atención, con cuánto entusiasmo se soplaba por el canuto de madera. Poníamos en aquel trabajo toda la tensión de nuestra pequeña y bella alma infantil.

Pero ¡ay de mí! los multicolores y minúsculos castillos, las lucecillas argentadas, las velas y los barquichuelos, todo vivía un instante, sólo un brevísimo instante... todo desaparecía con la burbuja de jabón!

Es en nombre del amor que vosotros habláis? Pero en el campo social el amor que no es hijo del odio es estéril madero, no es un árbol fecundo. No tiene raíces en la tierra, no bebe sus jugos, no se nutre de vívida linfa, no respira y no vive; no da sombras de quietud en el calcinante mediodía, no da frutos ni germina en los meses de silencio invernal. Es tronco separado de la tierra y del cielo: es leño seco y aislado que se deja roer por el tiempo y la carcoma.

... ...

Aceptad este mi reclamo con corazón fraterno y recojaos un poco sobre estas reflexiones mías.

Que yo he visto a mis mejores camaradas caer traspasados en la trágica contienda; que yo he visto a mis mejores compañeros arrojados confusamente en las prisiones más horribles; que yo he visto a mis más queridos compañeros dispersos en los países más diversos, sin conocer las gentes, ni su lengua; solos y a menudo sin un céntimo; solos, y a menudo sin pan.

Y cuando algún rebelde surge de improviso entre nosotros y un gesto cualquiera suyo vindicador arrebata una parte de este viejo edificio en que estamos encadenados, yo lo tomo de la mano y le digo. Coraje y viva la Anarquía!

Virgilia d'Andrea.

(De "*L'Adunata*").

Los Responsables

Desaprueba la teoría del robo, mejor dicho, no la comprendo. Me inquieta, porque presiento alejará de nosotros a los vacilantes, intimidará a los necios, azorará a los perezosos. Oigo, sin embargo, fermentar en ella el más doloroso problema que ha removido al mundo. Y mi pensamiento voltijea, mi juicio ancla en la incertidumbre.

Alguien me ha dicho: "Vos, predicáis el robo en grande, motejándolo restitución; escupís sobre el robo individual, llamándolo crimen. ¿Por qué?"

—Sí. ¿Por qué?...

Tengo mucho horror a las teorías y a los teóricos, a las doctrinas y a los doctrinarios, a los catecismos de escuela y gramáticas de secta, para dedicarme a la discusión del acto de un hombre al que el verdugo agarrota y sobre quien todos tienen derecho a la reprobación y al insulto. Todos ¡menos nosotros!

Pasamos las horas, yo y los iguales a mí, gritando a los humildes — por convicción y por deber, — que son robados, explotados, asesinados lentamente, que son carne de máquina como sus hijos serán carne de placer y sus hijos blanco de cañón, picamos su cerebro, exaltamos su inteligencia, encendemos sus almas, y a esos parias, a esos resignados, los transformamos en insurrectos en nombre de la Suprema Justicia y de la Equidad. Les decimos: "La revolución liberadora, la que os dará el pan cotidiano y el orgullo de ser libres, se acerca. Tened paciencia, mientras llega. Sufridlo todo, soportadlo todo, agrupad vuestros rencores o vuestras esperanzas, llad vuestras angustias, y con algunos años de dolor, ganad crédito para la Social".

Los tozudos, los perseverantes, comprenden, y apretando el cinturón sobre el vientre vacío, vuelven al trabajo social ensoñando las cosechas futuras. Pero, ¿y los otros? Los impacientes, los exaltados, con hambres y odios imperiosos; los que tienen en sus zaquizamis demasiados hijos y bajo el cráneo excesivas pasiones; los cerebros refractarios a toda disciplina, no nos escuchan ¡y no nos entienden tampoco! Los histéricos de la revuelta, los nerviosos del hambre, se emborrachan con vuestras virulencias como con un vino generoso, y estallan entonces los actos insensatos, los actos punibles.

La sociedad burguesa carga contra el sublevado, lo aprisiona, lo ajusticia y nuestra excomunión cae sobre él, ruda, implacable...

Pero no, ¡no!... ¡Nosotros, no!

En la caminata emprendida, tal vez el peligro menor sean esos compromisos que debemos aceptar con la frente alta, como bravos con honor de sobra para darlo en préstamo a los desgraciados que nos comprendieron mal. ¿Queremos ejercer de educadores, de pastores populares? ¡pues vengan todas las responsabilidades a nosotros y cedamos a los caídos todas las indulgencias!

Revisad la historia y en todas las gestas de los partidos hallaréis siempre "perturbadores", los ciegos puritanos que siembran exaltaciones: Babeuf, a quien la república guillotina; Proudhon, deshonrado por los republicanos; los insurrectos de Junio difamados por Pelletan; los del 71, calumniados por sus propios compañeros de armas. Y siempre, ¡siempre! esa palabra "¡ladrón!" arrojada por un demócrata a otro. Ladrón Babeuf; ladrón Proudhon; ladrones las gentes de Junio; ladrones los comunalistas; ladrón, tal o cual disidente; ladrón, tal y tal adversario.

Si la acusación es falsa, defendamos al hombre; compadezcámosle, si es justa. En la humanidad no tenemos derecho a otra misión los socialistas: nosotros somos defensores, no fiscales.

—

He hablado de la leyenda socialista; escuchad la del cristianismo, su antecesor:

Un niño de Bethleem, debilucho de cuerpo pero gigante de inteligencia, habla, dulce, a unos proletarios, de sus doloraciones. Y le siguen. Y cuando llegan a Palestina lo dejan todo para sufrirlo todo, apóstoles de los nuevos tiempos. Como nuestros vagabundos, ellos no tienen oficio; como nuestros pordioseros, hacen lecho de los campos; visitan las tumbas en manifestación como nosotros, y, semejantes a los huelguistas, dan mitins en cualquier campo de Marte del camino. Son doce, mañana serán mil, después...

Conforme avanza el grupo va engrosando. Todos los vagabundos, todas las perdidas, todos los malandrines, siguen a este joven predicador de la igualdad. Como precisa vivir, merodean, toman los frutos donde los hallan y los burgueses, aterrados, cierran las puertas ante este "ejército del crimen" que forma la raíza social. La provincia grita, el gobierno se inquieta y Jesús cae preso por excitación al pillaje y al odio de clases. Un tribunal juzga, de consuno, a Cristo y a un ladrón; el ladrón sale absuelto. Entonces es cuando Barrabás grita: "llevaos a ese malhechor".

Jesús agoniza entre carcajadas, gritos, gargajos y la alegría de los soldados borrachos. Entre dos ladrones muere, ¡al fin!, regada su agonía con las lágrimas de una vieja artesana que es su madre y una joven ramera que es su amada.

El malhechor resucita para reinar diecinueve siglos sobre el mundo.

El Cristo saca su fuerza de la ignominia del suplicio, de la baja condición del ajusticiado, de su contacto con los pobres, de su solidaridad con los culpables. Lo juzgaron fariseos, amó fuertemente a su pueblo de ignorantes y criminales y siente dicha, muriendo culpable de todas las calumnias, como el último de los vagabundos.

¿Comprendéis, fariseos de la Social, el alto alcance de esta leyenda y el pensamiento de este pálido tribuno, clavado como el primer pasquín socialista en el árbol del Gólgota?

Sería muy cómodo no dar más que la vida por el ideal, querer las muertes bellas, los suplicios gloriosos, el panteón de Milliere o la barricada de Delescluze. ¿La vida? bueno, la vida, pero no nos detengamos, ¡marchemos! Honor, reputación, prejuicios, escrúpulos, todo, todo por el pueblo. Vayamos con él a los mulladares, sigamos a los vencidos a las gemonias.

¡Con los pobres siempre, a pesar de sus errores, a pesar de sus faltas, a pesar de sus crímenes!

SEVERINE.

HABLANDO CLARO

CARTA ABIERTA a A. V.

Perplejo he estado un largo rato antes de contestar a las alusiones que usted me hace en "La Antorcha" del 26 de Enero. ¿Qué tratamiento dará a aquel desconocido que me insultó: el de amigo, el de compañero o el de hermano?, me preguntaba. Y, como está lejos de mi ánimo agraviarlo, y aún mucho menos insultarlo, opto por estampar en el papel sólo las dos letras tras las que usted se oculta. Perdone A. V., que así lo haga. No encierra esto ofensa, desconsideración o menosprecio, sino desconocimiento de sus gustos y predilecciones. Por si usted rechazase palabras cariñosas tales como amigo, compañero o hermano por creerme usted indigno de su amistad, de su compañía, o de su fraterno trato, no las adopto para saludarlo. He de hablarle, pues, como a hombre, y aunque no me satisfaga su anonimato por creer que no es de varones fuertes esconderse para pegar, no he de volver a reprochárselo.

Hablar claro no es igual que hablar fuerte. Los tartamudos, los locos y también los pillos, — tres aspectos de tres desgraciadas enfermedades humanas, — suelen gritar con más frecuencia que los hombres que no lo son. Se puede hablar muy bajito, al oído del que nos escucha, y ser claros. Se puede vociferar y ser ininteligibles. Usted ha gritado con demasiada fuerza, — como la caldera que explota por demasiada presión; ¡más de un año pasado por usted en tan duro trance! — y la vehemencia de colegial travieso que usted puso en sus gritos, le hizo lanzar denuestos y alguna que otra calumnia. No ha hablado usted claro; ha gritado, sí, muy fuerte.

Esta carta que le envío, y que encerrará en sus páginas, por única virtud, la inmodestia, deseo que sea clara, por lo que evitaré los gritos destemplados.

Mis sentimientos son mayores que mi facultad de expresarlos, y mi sensibilidad tiene infinidad de más sabrosos y variados matices que el número total de palabras que del idioma conozco. Expresar con recursos limitados lo que tan amplio e ilimitado siento en mí, constituye mi tormento. Para poder comunicar a los otros las bellezas que en mi interior palpo, gusto, hago, burilo y levanto tremolantes a mis ojos, y aún para interpretar en su justo valor las bellezas que los demás aparecen, estudio y persevero. Necesitando usted también reposo y meditación, no me atrevo a recomendárselos.

Admiro a los artistas de la pluma que tejen con las deleznables palabras preciosos y sutiles cendales por entre cuya finísima malla se deslizan sonrientes, atrevidos y arrogantes pensamientos, y siento pena, como por mí mismo, por aquellos a quienes las escurridizas palabras se escapan de sus manos hacendosas. ¡Qué dolor no expresar lo que se siente! ¡Qué pena no comprender a los demás!

Llevamos los hombres, todos y cada uno, en nosotros mismos, una medida para juzgar y medir las acciones de los otros. Los de altos vuelos, los que se levantan de entre las muchedumbres irresolutas con la pupila alerta, avizorando el camino para limpiarlo de obstáculos, no usan nunca su medida, que es su gran capacidad intelectiva, para formar juicios sumariales a los hombres: andan, corren, vuelan en todas direcciones, llevando el elixir de sus sentidas quimeras a los atemorizados o a los descarriados; enseñan siempre el camino que conduce a la propia liberación y aún a la de toda la humanidad; cantan dulces endechas al amor humano para que los hombres fraternicen persuadidos de la belleza de amar, o luchan como titanes, como enardecidos leones, contra todos los privilegios que entorpecen las fraternas relaciones de los hombres. Tolstoy, Bakounin.

Los que usan siempre la medida, su medida, son los de alas cortas, los que, por no poder volar, se arrastran. Faltos de capacidad creadora, del sentido poético de la vida, miran a los demás con su entorpecido y oscuro intelecto, e incapaces de amar y ser buenos, no pueden comprender cómo, aún en medio de la corrupción imperante, haya amadores y caracteres nobilísimos. Tartufo.

Hay en nuestro idioma un refrán que demuestra bien a las claras mi aserto anterior, que da la medida con que los hombres vanos miden a los hombres íntegros. ¿Lo conoce? Es éste: *Piensa el ladrón que todos son de su condición.* Y hay otro, *quien bien te quiere, te hará llorar*, que nos dice cómo los que nos aman, por el mismo cariño que hacia nosotros sienten, nos arrancan lágrimas, al señalarnos, para nuestro corregimiento, nuestros errores. Bien se sitúe usted en el centro del primer proverbio o bien en el del segundo, lo cierto es que me hizo usted llorar. No hacia afuera, sino hacia adentro; y no por mí, sino por usted. Si fuese usted ladrón, y, por serlo, se creyese que forzosa e ineludiblemente, como ley fatal, yo habría de dedicarme a esos apaños, y por su simple creencia así lo estampare en una publicación, como lo ha hecho, me demostraría que su vara de medir a los hombres es muy corta; si, por el contrario, su cariño llamase a mis puertas para darme un alerta, se extralimitó en su función de vigía. Los cariños que matan, son terribles cariños no "usados" nunca por los hombres buenos. Y, en cualquiera de los casos, con cariño o con despego, debió usted haber reflexionado, para sostener su tesis de las castas y las clases, el argumento embustero que, a lo mejor, no por aviesa intención sino por inepcia, lo hizo caer, sin usted quererlo, en el "delito" de calumnia, poniéndose a más bajo nivel moral que "mis hermanos "chorros".

Si, es cierto que en "La Antorcha", No. 255, del 30 de septiembre de 1927 apareció una traducción de un artículo de Armand, que sería digno de volverlo a reproducir para que viesen los que a usted han leído, cuán graciosamente lo ha interpretado. Y es cierto también que, en "Afirmación", ese periódico que usted no quiere nombrar y al que le achaca cosas que nunca dijo, se publicó, en sección "Quisicosas", un pequeño suelto mío denominado "Hermanos chorros". Había leído, en su tiempo, el artículo de Armand, con la misma fruición con que se aspira el perfume de una flor, y había olvidado el efímero y deleitoso goce, como se olvidan, en el curso de los días tristes, los pocos gratos segundos de nuestra existencia. ¿Quedan en nosotros las ideas que aspiramos, como a perfumes de olorosas flores, dormidas en rinconcito oculto para despertar cuando alguna guerrera idea llega, hasta aquel recogimiento, con su infernal ruido de armas? Sí; así debió suceder con la dormida idea cuando quiso promoverse aquí la separación, en los cuadros del Departamento de Policía, de los delincuentes y los anarquistas, dando lugar a mi suelto de "Hermanos chorros". Nuestro caudal afectivo y nuestros conocimientos van acrecentándose a diario e insensiblemente con las corrientes de afectos que se establecen entre los hombres y con las ideas que unos y otros lanzan a la circulación universal. Los únicos que no reciben beneficios de las fuerzas de este oleajo de ideas y sentimientos son los dogmáticos, los que aun en medio de las muchedumbres viven siempre solitarios. Atentos sólo a sus mustias sacudidas no perciben, no sienten, no oyen el aceleradísimo latir de los demás corazones. Por vivir solos, viven odiando, y las ráfagas de amor que se escapan de nobles pechos, pasan por su lado sin conmoverlos, sin inmutarlos. ¡Pobre naturalezas androginas que no participan del espasmo de ninguno de los dos sexos!

Los sectarios odian; los sectarios, por no saber amar, no prestan atención a los dolores del mundo, porque no conceden valor alguno a las ideas que no partieron de su círculo y aun mucho menos a los hombres que son tomados como cosas secundarias cuando la sinfonía de sus voces no se parece en nada a la monótona música del cenáculo. El que no entorpezca la labor del sectario, aunque sea un tirano, será su aliado. Y es que no pregona, porque no la siente, la justicia, sino su justicia, la que él interpreta, la que la secta acepta como buena. No persigue — noble quimera que será bella realidad — el bien de todos; sólo le preocupa su bien y el de los suyos, su tranquilidad y la de sus amigos. Las congojas, los dolores, los martirios de los que viven fuera de su esfera de influencia no le inquietan, no le angustian, no los siente; antes bien cree merecidos los castigos, justos los martisios, necesarias las casas del dolor: las cárceles.

Sostener un anarquista, como usted lo sostiene que existen actos muy inferiores a las leyes, es reconocer en ellas un freno moderador de las costumbres, es aceptar como buenas esas mismas leyes, es conceder a unos hombres el derecho de sojuzgar a otros. ¿Para qué, si no para eso, sirven? Y cuando se es defensor de leyes, por razonamiento lógico deben defenderse a sus intérpretes y ejecutores: jueces, policías, carceleros y verdugos y hasta las casas de la muerte donde, en vida, se sotierra a los hombres. Si se cree lo contrario; si, más que creerlo, se ha llegado de deducción en deducción a constatar ante nuestra propia conciencia que lo malo entre lo malo, lo abyecto entre lo depravado, lo constituye el poder usurpado por unos hombres encanallados en detrimento de otros; si se estudia la formación de las leyes hechas por los grandes ladrones, para robar más a discreción a los parias; si se llega a la conclusión de que el sistema de latrocinio en que la humanidad se debate, proviene de la existencia de la propiedad priva-

La I. M. A. en solidaridad con las víctimas y de protesta contra la dictadura chilena, CONVOCA a un gran acto de protesta, para el DOMINGO 24 a las 9 horas, en la CASA DEL PUEBLO - RIVADAVIA 2150 -